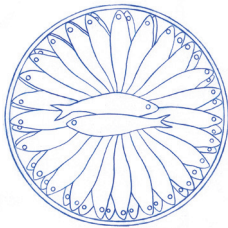


LUMBRE DE CIERVOS

EMMA VILLAZÓN

LUMBRE
DE CIERVOS



BARCELONA | 2019

ULTRAMARINOS EDITORIAL

Primera edición | diciembre de 2019

© 2013, herederos de Emma Villazón, por la obra

© 2013, Marta Hernández, por la ilustración

© 2013, Cé Mendizábal, por el prólogo original

© 2019, Ultramarinos Editorial, por la edición

Calle Gran de Sant Andreu, 57 – 08030 Barcelona

www.ultramarinoseditorial.com

Dirección editorial | Unai Velasco

Asesor editorial | Sergio Gaspar

Concepción gráfica | Estefanía Urrutia

www.estefaniaurrutia.com

Diseño de maqueta y asistencia tipográfica | Sergi Godia

www.godiasstudios.wordpress.com

Impresión y encuadernación | Estugraf S.L.

Impreso en España

Depósito legal | B 24022-2019

ISBN | 978-84-945208-8-4

TABLA

Nota a la edición

5

Nota a la edición original

Cé Mendizábal

9

LUMBRE
DE CIERVOS

13

ULTRAMARINOS, 9

Dirección editorial: Unai Velasco

«Una vez que los marinos aprendieron a abandonar las costas y a navegar intrépidamente en alta mar, conscientes de que no se aproximaban a un mar tenebroso sino a una tierra muy parecida a la que habían dejado atrás, el océano se convirtió en un medio para unir los continentes más bien que para separarlos.»

CLIVE DAY, *Historia del comercio*

NOTA A LA EDICIÓN

Hace no demasiado tiempo llegó a mis manos una foto. En ella, de pie, posaban mirando a la cámara tres personas: a la izquierda, Chus Pato, Andrés Ajens en el medio y, a la derecha, Emma Villazón. Tiempo después la casualidad se iba a compinchar con esa imagen para que a finales de 2019 vieran la luz conjuntamente en esta editorial el libro de Emma y uno de Chus, los números 9 y 10 de esta feliz librería. Si tenemos en cuenta que Andrés Ajens ha sido una presencia permanente en este libro, he aquí un duplicado de la instantánea capturada en Argentina.

Si he decidido empezar esta nota con un toque afectivo también tiene que ver con la tristeza que me produce no poder estar editando hoy este magnífico poemario junto a su autora, quien falleció prematuramente por una complicación cerebrovascular en 2015, cuando se disponía a regresar a Chile después de participar en la Feria Internacional del Libro de La Paz. Desde luego, el trabajo que hemos realizado en este volumen está dedicado a su memoria.

Emma Villazón Richter. Mentiría si dijera que conocía su nombre desde hace tiempo, pues la verdad es que lo escuché por primera vez hace cosa de unos tres años. Alguien (alguien que ahora no recuerdo, por cierto: vayan por delante mis disculpas) me habló de ella y me dijo que yo tenía que leerla. Efectivamente, me bastó leer el primer poema del libro, «Anuncio de ciervos», para advertir que estaba, sencillamente, ante una *poeta*. Así, sin adjetivos; lo más difícil. Como ya digo en la contracubierta, este libro —de apariencia hermética, sí, pero cuyo ánimo no es la complicación, sino la proclamación amorosa, y esa es siempre una

dirección centrífuga— anda el idioma de una forma que me hace pensar en César Vallejo. Y aunque convocar al autor de *Trilce* pueda parecer un lugar común —y un poco lo es, del mismo modo que la opacidad de alambique haría saltar de la lengua un Lezama Lima—, aunque pueda parecer una semblanza fácil, digo, el peruano me parece el autor que mejor se le aviene en esta sencilla mezcla de humanidad y esfuerzo alto del idioma.

No tengo intención de decir mucho más sobre la obra, solamente compartiros mi entusiasmo. Adentrarse más en ella y en su contexto poético es un trabajo que requiere muchísimo cuidado y un mayor conocimiento de un panorama, el de la poesía «latinoamericana» de las últimas décadas, que es esencialmente imposible de sintetizar, como bien han explicado Mario Arteca, Benito del Pliego y Maurizio Medo en su introducción a la muestra de escrituras poéticas *País imaginario*, un libro importante para hacer pie a ese lado del océano. En todo caso, este conocimiento que reclamo, yo no lo tengo. Quien esté interesado en saber más, le recomiendo que consulte el número 21 (del mes de diciembre de 2017) de la revista *Mar con soroche*, dedicado a Emma («Sorochemma») y disponible en línea.

En cuanto a los procesos para que corra la tinta. Los primeros pasos me hicieron entrar en contacto con el poeta Andrés Ajens, quien fue pareja de la autora y asistió a la gestación del libro. Quiero darle las gracias por su atención (y por la peculiar escritura de sus correos electrónicos): ahora ya podemos leer en España estos «poemmas», como también diría él.

Inicialmente mi idea para este libro, tratándose presumiblemente de una obra poética interrumpida, consistía en publicar sus tres poemarios en un solo volumen. Sin embargo, tras alguna conversación, nos decidimos a empezar separadamente por *Lumbre de ciervos*. Así lo hemos hecho, yo creo que bien.

Conviene poner por escrito otra cosa importante. El texto que el lector español se va a encontrar aquí no coincide plenamente con la edición boliviana de *La Hoguera* (2013), pero tampoco con el texto de *Computadora*, nombre con el que nos referimos a la última versión digital de *Lumbre de ciervos*, previa a su publicación y que Emma guardaba en su ordenador.

Durante el proceso de diagramación, la autora y sus editores bolivianos hicieron algunos cambios y ajustes de último minuto —no muchos, con todo—, la mayor parte de ellos debidos a las restricciones de la caja en la maqueta de *La Hoguera*. Por ejemplo, algunos versos largos de la versión de *Computadora* que sobrepasaban dicho espacio compositivo, para no verse quebrados, fueron en unas pocas ocasiones convertidos en dos versos: en este volumen se recobran con su integridad primera. Asimismo, las portadillas de sección, que, aparentemente por motivos de economía de páginas, no se mantuvieron en la versión boliviana tal como estaban en el texto de *Computadora*, en esta edición se han respetado escrupulosamente.

No quiero terminar este texto sin señalar que antes de que este libro apareciese algunos poemas de Emma Villazón ya se habían podido leer en España en el libro *4M3RIC4. 2.0. Novísima poesía latinoamericana* (1980-1990), a cargo de Héctor Hernández Montecinos, publicada por Ediciones Liliputienses en 2017.

El editor

NOTA A LA EDICIÓN BOLIVIANA
A MANERA DE PRÓLOGO
O ENTUSIASMO PREVIO

recuerda, recuerda, siempre
tuvimos la piel de lo animal

EMMA VILLAZÓN

El tiempo, el oscuro alud de Heráclito —variando un poco el verso de Tamayo—, habrá de confirmar a *Lumbre de ciervos* como uno de los poemarios más brillantes de esta parte del mundo en los últimos tiempos. De un dilatado tiempo, en rigor. Y perdón por la amplia redundancia. Por lo manidamente circular. Y perdón por el entusiasmo. La emoción, esa vieja que tantas veces lleva a la extravagancia, me arrastra de la mano cuando leo los primeros versos: «Ubica la hija el cuerno / lo tañe distribuye peces en tono alto», y me tiene así, tomado, aunque mejor debería decir embebido a lo largo de muchas páginas.

¿Y qué decir de «Ubica la rauda el trueno lo acoge / se dedica a raspar y raspar con él en lo seco / hasta que avizora incendios emanaciones»? Emma Raquel Villazón, la dueña de las líneas aquí citadas, la dueña del epígrafe de inicio, la re-creadora de esta poética que se lee y se mira con una mezcla de admiración y asombros de distinto ropaje, no sólo raspa y raspa sobre un lenguaje de variada hondura y densidad, sino que además comprime y estruja la sintaxis —como para decirnos que el laberinto es el sueño de la línea recta—, incursiona en lo hermético como para decirnos que es necesario voltear y lanzar las piedras al aire para descubrir sus sentidos y nuestro sentido. Otras veces sólo repite, y con esto quiere hacernos saber que el marasmo en el

que solemos vivir requiere que algo o alguien nos llame dos, tres, cuatro veces para que se deshagan los maleficios. Las cosas —las palabras— van cobrando vida hasta alcanzar un rango autónomo: ¿quién habla aquí?, se pregunta la poeta al final del poema «Un horizonte: una mano». «Ni la autora lo sabe», se responde ella misma. Ese es el punto, el paroxismo y el éxtasis que alcanzan los objetos, los seres, las partes del cuerpo y las propias palabras: el gozar de una vida de la que sólo intuimos, a golpe verbal, a golpe de *imago* una que otra respiración, uno que otro movimiento. «... por eso intocable que se aspira rozar / desde la acequia a la neblina que apacienta / el cuello del valle», dice Emma Raquel y la sospecha se nos muta en certeza.

Estas vastas operaciones poéticas se realizan con naturalidad, pero también con dolor e insistencia: «raspar y raspar con él en lo seco», nos dice la poeta. Y cuando saltan «los incendios», «las emanaciones», sabemos que los poderes fiados aquí han sido debidamente correspondidos y por un momento —que en este lugar, o donde sabe el lector, goza de un rango de eternidad— se ha cumplido con la vieja tarea del poeta, de hacer poética la realidad:

Si una
solo quiere hablar
como ir a la guillotina
de lo sublime
y no puede mirar siquiera a los ojos
de su interlocutor traidor
a pesar de que se cree
la poeta que arroja su propia casa
por la ventana, la que desgarrar
la dignidad de la piel como un vendaje,
la conocedora de los sesos antes de que parlén.
¿De qué dureza hablamos, entonces?

Festín entonces. Fiesta. Tiempo sin reparos que Emma Raquel nos obsequia a manos llenas.

Otro de varios puntos muy altos: hacia el centro del libro, la poeta ha incluido una carta de Marina Tsvetáieva dirigida a Rainer Maria Rilke, donde aborda el tema de la nacionalidad. El asunto es de vital importancia y quizá nunca mejor atendido que aquí: «Te conviertes en poeta (si acaso es posible convertirse en él, si no se es desde el nacimiento), para no ser francés o ruso, para ser —todos. En otras palabras: tú eres poeta porque no eres francés», dice Tsvetáieva a Rilke.

La nacionalidad excluye mucho, muchísimo más de lo que incluye. El poeta, en algún momento de su prolífica vida, se deseará esquimal o polaco o japonés y lo será, con plena seguridad, hasta la hora aciaga en que alguien pretenda recordarle su nacionalidad: esa roca a la que ha aprendido a amagar, pero que le persigue flotando por encima de su cabeza, a la espera de poder aplastarlo otra vez. «Marina tu oído es el cuenco donde mis brazos se multiplican se desarman / bailan / y te besan», le dice Emma a Marina Tsvetáieva esa (otra) «cierva fugada de sí», en uno de los poemas más conmovedores del libro. Marina Tsvetáieva es, sin vuelta, la poeta que reclama la universalidad del poeta. Una universalidad que Emma Raquel Villazón adscribe desde la primera a la última línea.

Cé Mendizábal

La Paz, octubre de 2012

LUMBRE DE CIERVOS

*A Emma Richter, Rubén Villazón, Juan
Pablo Villazón, Erwin Villazón*

*y A. Ajens, porque haces de mi frente
un hueso de paloma.*

El poeta olvida su lengua maternal cuando debajo del
alma cavan!

HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA

Pero aquel que quiere convertirse en dueño del pro-
pio origen, pronto le resulta evidente que nacer sig-
nifica un acontecimiento infinito.

MAURICE BLANCHOT

ANUNCIO DE CIERVOS

Ubica la hija el cuerno
lo tañe distribuye peces en tono alto
el grave es mudo se desbarranca de sus axilas
muerto por caparazón muy blando u opaco
Palmas hace y continúa angurria revuelve
tórax alza penacho y la expulsa a bambúes
al aire escaso donde esperaba allá más
del claustro allá más de virtud en techo
y no emergían ni sus ojales

Ubica la que amanece el cuervo
lo blande y en lumbre nace su espada
en caótico cauce para extremar ovejas
o furor que desmenuce lo plano
De aquí para allá a cortar empieza
paredes vasos umbilicales cordones
de hojas atadas a nombres con amor
no manso Nuevas formas ebria imagina
de procrear ciervos: que la madre duerma
sin croar ni quebrarse por años:
que los hijos colgados no sean
en cruz ni pedidos: que esa vieja trama
renazca más cerca de libélulas o barro

Ubica la rauda el trueno lo acoge
se dedica a raspar y raspar con él
en lo seco hasta que avizora

incendios emanaciones sin letra
flores dobles: un río alzado en la voz que no cesa

PARLAMENTO

No se aleja quien nunca se va,
sale por la puerta real o irreal
y se despide en tono de lluvia ascendente o pájaro.
Nadie parte fácilmente y quizás nunca del todo
de instancias mayores, sobre todo
del lugar del origen, de esa torre ambigua
y amenazadora, siempre hambrienta de sueños idénticos.
No hay quien no requiera tiempo y fricción
para alcanzar la corrida en pos de su lengua.
El punto de tensión entonces
no reside en la cantidad de escenas y abrazos que aletean
o qué ciudad a mediodía se abandona, sino con qué
perfiles, llaves, piernas de sombra y cielos plegables
se parte, con qué
gigantes en sonrisas

—dijo aquella que se va
en la intersección del pájaro